

KRISTALLNATCH

Ida Sefarad

“IV Certamen de Alergia y Humanidades”

Modalidad Relato

S.E.A.I.C. Gran Canaria, 23-26 de octubre de 2019

Cuando mi abuelo enviudó, vino a vivir con nosotros. Era sastre y tenía una tienda de tejidos. A mi hermana y a mí nos encantaba enredar con los útiles de su oficio: peleábamos con las varas de medir, nos lanzábamos sus cintas métricas como si fuesen serpentinatas, jugábamos a la pelota con los acericos y cogíamos sin permiso sus tijeras. Mis primeros dibujos los hice con sus jaboncillos. Siempre recordaré la seriedad casi reverente con la que valoraba los paños, sus manos hábiles manejando las agujas, la concentración con que realizaba las pruebas, habitualmente dos, hasta dejar las prendas encajadas y a gusto del cliente. También sus sonoros e interminables estornudos. Los pañuelos, blancos y bien planchados, nunca faltaban en sus bolsillos porque su poderosa nariz no paraba de gotear.

Pero paso a relatarle cómo ocurrió todo. Aquella noche cenábamos tarde. El abuelo no se encontraba bien y mi madre había tenido que avisar al médico; fue uno de esos ataques de asma que padecía desde joven. Había estado en el sótano buscando su antigua ropa militar, según dijo para enseñármela, aunque yo no había mostrado ningún interés por esas prendas. Poco después entendí su afán por recuperar el uniforme. Desgraciadamente, no le sirvió para nada.

Al subir, ya venía asfixiado. Traía sobre los hombros una guerrera gris y en las manos el casco prusiano. Sus pitos resonaban por toda la casa y aunque ya estábamos acostumbrados a ese tipo de conciertos, aquel día nos asustamos de verdad. La semana anterior se había roto su nebulizador de cristal, así que solo pudimos ofrecerle un café bien cargado y uno de sus cigarrillos de estramonio.

El primero en darse cuenta de la situación fue mi padre. “Ya están ahí”, exclamó descompuesto, soltando los cubiertos, derramando el agua. Hoy sé cuánto le costaría pronunciar esas palabras, que evidenciaban una situación que mi madre y él trataban de ocultarnos, pero que mi hermana y yo sospechábamos hacía tiempo: desde que nos prohibieron la entrada en el zoo, desde que tuvimos que abandonar las clases de natación en la piscina pública, desde que algunos compañeros de clase dejaron de jugar con nosotros en el recreo.

Ese “ya están ahí”, explicitó claramente lo que ya flotaba en el aire, en las palabras calladas, en las miradas torvas de algunos vecinos. Y fueron dichas mientras cenábamos, la noche del 9 de noviembre de 1938, la que después se conoció como “la noche de los cristales rotos”.

Recuerdo el ruido, el estruendo de una multitud encolerizada que subía por nuestra calle, las risotadas, los gritos, los golpes, el olor a quemado. También a mi madre escondida tras los visillos del comedor, expectante, horrorizada, murmurando que la sinagoga estaba ardiendo. Recuerdo incertidumbre y terror; mucho, muchísimo miedo.

De repente, Hermann, nuestro vecino adolescente (y perdidamente enamorado de mi hermana Anne), irrumpió en el salón de nuestra casa. “Vamos, rápido. Saltad a nuestra azotea. Están muy cerca. Coged sólo lo imprescindible. Os esconderéis en el sótano”.

El abuelo, a pesar de que había mejorado mucho con la inyección de Adrenalina, se negó a acompañarnos. Había sido condecorado en la Gran Guerra y afirmó que aquello apaciguaría al populacho. Colgó su guerrera en el respaldo de la silla, puso sobre la mesa el casco, se colocó sus medallas, encendió otro de sus cigarrillos antiasmáticos y nos hizo creer que los patriotas lo respetarían. En el fondo sabía que la turba vociferante que se acercaba, no se dejaría impresionar ni enternecer por los galones de un alemán judío; pero no quiso ser una carga para nosotros.

Al parecer lo ejecutaron rápidamente, mientras él entonaba el himno de su país, Alemania. No lo habían humillado ni torturado.

Pasamos la noche en el sótano de los Kohl, sin saber todavía que lo habían asesinado, sufriendo por él, inmensamente preocupados. Nuestros amigos arriesgaron mucho al socorrernos y siempre les estaré agradecido, aunque desde entonces no he sabido nada de ellos.

Mis padres, mi hermana y yo nos exiliamos a la Argentina; ha llovido mucho desde entonces.

Mi familia, después de diversos avatares, consiguió montar un negocio de telas en América. Durante unos años los ayudé, pero después quedó mi hermana a cargo de la tienda y yo seguí mi auténtica vocación.

Ahora soy pintor. Un pintor de éxito. Dicen los críticos, que en mi obra se refleja el impacto visual que me produjo, a la mañana siguiente, contemplar el bulevar dónde había vivido hasta entonces. Puertas destrozadas, cortinas hechas jirones, escaparates rotos. Aún no he olvidado los adoquines cubiertos por una alfombra de infinitos cristales, y sobre ellos manchas de sangre seca, unos anteojos pisoteados, un zapato desaparejado..., varios bolsos abiertos como bocas suplicantes. Pero sobre todo, los restos del expolio que había sufrido la tienda de telas de mi abuelo, tirados en medio de la calle: un interminable retal de terciopelo rojo; el profundo azul tornasolado de una pieza de raso; varias sedas estampadas con vistosos pájaros, mariposas y flores exóticas; el suave paño verde enredado en un trozo de humilde percal...